

das, y adquirir diferentes habilidades!... Pero si la suerte os hubiera hecho nacer en la clase de esas pobres jornaleras, es preciso confesar, que bendeciríais la mano paternal de un gobierno benéfico, que os proporcionaria los mismos arbitrios de vivir, por medio del trabajo.

En estas y otras visitas de mucha importancia para inculcar á los jóvenes de ambos sexos las verdades prácticas que mas les importa conocer, pasaban su tiempo en París los buenos habitantes de la Cartuja; pero dejémoslos que acaben sus negocios en la capital; y volviéndonos á este solitario y ameno albergue, procuraremos ver en qué se empleaban los que habian quedado en Roseville.

## •DIA TREINTA Y DOS.

El esquilon quebrado de la parroquia del lugar está tocando á muerto, por el viejo viñador que habia fallecido la víspera. Este honrado anciano tenia cabalmente la misma edad que Filberto, y de consiguiente no dejó éste de sobresaltarse, viendo tan próxima su separación de esta vida.—¡Oh abuelito! exclamó Antonio, corriendo hácia él con los brazos abiertos: la gente acude al meson, á ver á un hombre que viaja, exhibiendo muchas curiosidades, á un real por persona... Me parece que no es caro! —Pero ¡qué curiosidades son esas!—Oh! eso es lo que yo no sé... dicen que cuadros de Fantasmagoría, Fantastería, Muertos, aparecidos y



sombras. Nuestro vecino Pantaleon hablaba con el jardinero sobre esto, y le aseguraba que era cosa nunca vista... Que se veian fantasmas vestidas de blanco. Oh! yo quisiera verlas.—Las verás; llama á tus hermanos y primos.

Llegaron corriendo los niños, y apenas supieron para lo que eran llamados, cuando todos comenzaron á brincar de contento, porque la infancia es amiga de ver lo que le causa pavor, y excede á su natural inteligencia.

Llegaron al meson, sentáronse en paraje cómodo, y á poco rato, cerrados los balcones y ventanas de la pieza, apagó el titiritero dos cables de vela que ardian delante de una súcia y negra cortina, quedando todos en una profunda oscuridad. Estos preparativos no dejaron de infundir terror en el ánimo de los niños, que se estrechaban contra su abuelo.

El charlatan exhibia unos cuantos espectros mal dibujados, y para dar á sus funciones algo de lúgubre, golpeaba con un martillo de hierro en una especie de timbal de cobre, colocado detras de su cortina, remedando el instrumento de los chinos, llamado *Armónica* ó *Tantán*. Nuestros niños, que esperaban sufrir un gran miedo, no tuvieron ninguno, y por el contrario luego que se acabó el espectáculo, se avergonzaron de haber asistido á semejante

simpleza.—Con que al fin, amigos míos, les dijo Filberto, no habeis temblado de pavor?—Oh! no señor, contestaron los muchachos: nosotros pensábamos que eso era otra cosa mas seria.—Lo único que me llamó la atencion, añadió Cárlos, fué aquel esqueleto que iba creciendo, y al parecer se abalanzaba sobre nosotros tocando un timbal... ¿Era la misma figura la que hacia todo esto?—No, querido mio. Los que estaban detras de la cortina movian el brazo del esqueleto, y á cada movimiento suyo daban un golpe en un timbal verdadero.—Ah! ya saigo; pero no obstante, yo sentia acá en el corazon una impresion desagradable. En fin, la diversion ha sido muy corta.—Si voy á Paris, hijos míos, como espero, os llevaré conmigo, y entonces vereis otra fantasmagoría mucho mas hermosa y mas grande que esta; su autor es M. Robertson, fisico ilustrado, y de mucho gusto é inteligencia. Todo Paris, incluso los sábios, acuden á verla, y no hay extranjero que no vaya tambien á pagar su tributo de admiracion. Oh! allí os aseguro que tendreis algun miedo.—¿Ahora que ya sabemos lo que es? No lo creais.—Con todo, sea lo que fuere esa máquina, repito, que tendreis miedo, porque el fisico Robertson ha imitado con mucha exactitud natural... pero ya es tiempo de retirarnos.—No tan presto, abuelito; no veis que todavia



no ha anochecido? Mirad; ya que hoy se nos ha puesto en la cabeza ver difuntos y esqueletos, podriais llevarnos al cementerio del lugar... Estamos á dos pasos de él.

No pudo menos de sonreirse el venerable Filberto al ver la curiosidad que manifestaban los niños de ver un cementerio, y dijo para sí: —En una edad tan tierna!... Ah! ellos tienen razon! Pues cuando apenas entra el hombre á la vida, puede contemplar la muerte sin sobresalto... Pero yo!... Mas por qué he de temer el visitar este tégubre asilo del reposo general! Soy acaso menos filósofo que estos niños? y despues de haber corrido una série de años tan dilatada, es posible que me amedrente la vista del fúnebre cementerio, al cual dentro de poco...

—Y qué, no respondeis abuelito? dijo Adriana: ó nos negais este gusto, recelando tal vez que un cementerio nos cause pavor y tristeza! —No, queridos míos; y ya que deseais visitar tan triste recinto, convengo en ello; pero apenas viere que uno de vosotros ha perdido el color, al punto nos retiraremos.—Bueno! Despues de haber visto esos esqueletos iluminados en la sala del físico, bien podremos ver los verdaderos.— Oh! hijos míos, qué notable diferencia entre unos y otros! mas á estos no los vereis, porque no los dejan al descubierto. El sagrado respeto con que miramos los despojos del hom-

bre que ya no existe, pide que los cubramos con tierra, y que los ocultemos á los ojos de los curiosos é indiscretos. Seguidme, pues.

En estas y otras pláticas llegaron al cementerio á tiempo que declinaba el dia, bien que todavia podian distinguirse los objetos, y leerse los epitafios. Todo anunciaba una de las mas bellas noches de la primavera, y la luna llena se iba levantando magestuosa por encima de la gran colina que coronaba el pueblo por la parte del mediodia: la hora, el silencio, todo era favorable á esta visita, todo muy oportuno para dejar saludables impresiones en los tiernos cerebros de nuestros amiguitos.

Entraron, pues, en aquel vasto cementerio, que aunque cercado de tapias, nunca prohiben sus centinelas la entrada en él á los que desean visitarlo. El primer objeto que se ofreció á los ojos de los niños, fué un pequeño monumento erigido cerca de la portada: era este el sepulcro de un infeliz muy rico, que sin haber llegado á su octavo lustro, mordido por un perro rabioso, habia muerto de la terrible hidrofobia, en medio de su familia desconsolada. Una tierna y fiel esposa le habia dedicado este mausoleo, sencillo á la verdad, pero lleno de inscripciones que manifestaban su dolor y las virtudes de aquel á quien lloraria toda su vida!—Des-



venturado! dijo Antonio: haber muerto tan joven y de una manera tan cruel!

—Adelante, replicó Filberto: veis todas esas pequeñas lápidas?... en ellas están las inscripciones que cada uno ha consagrado á un pariente ó á un amigo. Observad especialmente esa á quien rodean cuatro cipreses. Véamos lo que dice... *Aquí yace una madre querida! Viuda en su primavera no pudo sobrevivir á la pérdida de un esposo adorado... En nombre de sus cuatro hijos, desamparados, rogad á Dios por el alma de Rosa Dupré!*—¡Pobre madre! y pobres hijos, replicó Carlos, pues cierto que son mas dignos de compasion que su madre.—Tu reflexion me gusta, porque es muy exacta; pero sigamos leyendo los epitafios: este dice: *Aquí yace el mejor de los esposos: rogad á Dios por él!* En ese otro se lee: *La muerte arrebató el amigo de los pobres y de los desgraciados! Requiescat in pace!* En esta lápida se ve representada una rosa marchita que parece haberla agostado el soplo del aquilon; la inscripcion dice: *¡Oh! Adelaida! Solo has vivido una mañana.*—Finalmente, por todas partes se veian inscripciones lapidarias, aunque la oscuridad ya no permitia leerlas. La luna iluminaba este asilo fúnebre, y su claridad reflejaba sobre los mausoleos, las pirámides y las tumbas mas ó menos levantadas, formándose sombras tan pin-

torescas y agradables á la vista, como espresivas para el corazon. El viento parecia que respetaba este campo de la muerte, pues no movía una sola hoja de los cipreses que allí abundaban.—Vosotros, hijos míos, dijo el sábio Filberto, os habeis empeñado en visitar este triste recinto, y ahora pagais la curiosidad con las melancólicas reflexiones que al parecer agitan vuestros ánimos. Pensad que á dos pasos de nosotros, estamos oyendo el rumor de la naturaleza animada, y que aquí tenemos delante de los ojos el cuadro de la naturaleza sepultada en el sueño de la muerte! Reflexionad que bajo de nuestras plantas yacen millares de individuos que antes existian, y que ahora son víctimas de la destruccion!... Aquí ya no reinan las pasiones, ya no hay deseos, ya no hay vida! El enemigo descansa junto á su enemigo; los amantes, los esposos mas tiernos, aquí yacen insensibles unos para otros: todos han conocido el rencor, los zelos, el artificio... unos han arruinado su salud por atesorar un caudal que por fuerza dejaron en la tierra; otros han movido mil resortes á fin de satisfacer su desmesurada ambicion: las mujeres mas hermosas están aquí junto á los hombres á quienes hacian perder el juicio... la hermosura, los talentos, las gracias, todo se halla confundido en este abismo de la muerte, que arrastra generaciones enteras;



la pesada mano del tiempo todo lo destruye, todo lo renueva, y vuelve á destruir para volver á renovar!... Mas ay! que me voy engolfando en unas reflexiones demasiado superiores á vuestra inteligencia.—Oh! hablad, abuelito, hablad, que bien entendemos lo que decís.—Sí, lo entenderéis; pero por dicha vuestra nada de esto puede aflijiros hasta ahora. Entrais en una carrera que yo voy á concluir, y dentro de poco tiempo... vendré á unirme aquí con aquellos que me han precedido en la vida... El día, la hora, el plazo decretado por el supremo Hacedor, todo esto lo ignoro; pero sucederá dentro de un año, dentro de algunos meses, podría verificarse mañana... y aun en este momento que estoy hablando!... Mis ojos buscan ya el paraje que debe recibir mis heladas cenizas. Seré enterrado aquí ó mas allá? Cuál será mi compañero á cuyo lado debo descansar? Está ya por ventura enterrado entre alguno de estos sepulcros? Me aguarda por ventura en las entrañas de esta sagrada tierra, ó acaso gira todavía en el mundo lozano y vigoroso? Pasa junto á mí sin pensar en que un día seremos vecinos en este asilo de la destruccion? Quien quiera que sea, amigo ó enemigo, debemos reducirnos juntos á polvo. Oh hijos míos! cuando me hubieris perdido, venid aquí con frecuencia...—Pero abuelito, dijo Antonio llorando, es posible

que así os dejéis llevar de tan melancólicos pensamientos! Vos, que poco hace nos encargábais fortaleza de ánimo para la visita de este lúgubre cementerio, sois ahora el primero que nos da el ejemplo de una débil flaqueza!... Ah! no pensemos mas en esto. Hermanos míos, arañquémole de aquí.

Pronunció el muchacho estas últimas palabras con la mas viva espresion, y el buen anciano conoció que no debia entregarse á sus tristes reflexiones, y que aquel espectáculo era sobradamente doloroso.—Sí, partamos, les dice; mas no atribuyais á flaqueza la sana moral que acabais de oirme, inspirada por la presencia de estos sepulcros.

Tanto Filberto como sus nietos necesitaban que algun alegre acontecimiento pusiese tregua á su profunda tristeza, y la suerte se los deparó, pues volviéndose todos muy recogidos y silenciosos á la Cartuja, vieron á Colás que desde léjos comenzó á decir:—Dáos prisa, señor Filberto: una hora hace que os ando buscando por todas partes para entregaros una carta de París, traida por un propio, y que al parecer es de mi amo y de mucha importancia!

—De mi hijo! exclamó el anciano; vaya, sin duda me noticia el fallo de su pleito... Dios mio, qué inquietud, qué ansiedad!... y yo no sé que me dice el corazón; pero se me figura que se ha



perdido el pleito.—Pues yo no pienso de ese modo, repuso Antonio, y ved en qué me fundo. Si mi padre hubiera perdido ese pleito, á buen seguro que no se daría tanta prisa á noticiároslo; las malas nuevas pronto llegan, y hubiera esperado á mañana, una vez que debe venir; mas es fuerza que lo haya ganado, y por eso ha despachado un propio, para que lo supieseis con anticipacion.—Me hace fuerza tu reflexion, amigo mio, y alabo tu sagacidad; pero aunque esta sospecha es verosímil, no pasa de una sospecha; y cómo nos convenceremos de lo contrario antes de llegar á casa que todavía está distante?...—Esperad, replicó Eugenio: yo voy á desvanecer vuestras dudas. Ya sabeis que tengo una vista de lince, abrid la carta, y á la claridad de la luna podré leer algunas palabras; abridla, os digo. Abrió el anciano la carta, y Eugenio pudo leer lo siguiente: “Mi amado padre: Acabo de ganar este pleito, tan molesto como dilatado...”

—Lo ha ganado?... dijeron todos á un tiempo, y el sábio Filberto añadió:—Basta, lo demas lo leeremos en casa, pues ya sabemos cuanto apeteciamos. Bendito sea Dios! con que todavía hay justicia en el mundo, y los perversos no triunfan todos los dias!...

Continuaron hablando por el camino de tan alegre suceso, y luego que llegaron á la Cartuja

acabaron de leer la carta en que les participaba el señor Arleville que todos estarian de vuelta dentro de dos dias. No es fácil pintar el alborozo del anciano y de su amable familia, y solo puedo decir que los espectros, las tumbas, los epitafios y las reflexiones melancólicas del cementerio, desaparecieron en un instante. Cenaron con mucho contento, y solo pensaban en la dicha de abrazar prontamente á unos padres tan tiernamente amados.